

RESEÑAS REVIEWS

ARANA, JUAN (ED.)

Falsos saberes: la suplantación del conocimiento en la cultura contemporánea, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, 320 pp.

Si durante siglos la filosofía fue la columna vertebral de la cultura occidental, y después la ciencia tomó el relevo, hoy ambas se encuentran en crisis: denostada la búsqueda de la verdad como una empresa demasiado ambiciosa, se ha pretendido suplantar el saber por actividades más técnicas y pragmáticas. El libro reúne una veintena de trabajos en los que sus autores reflexionan sobre este fenómeno, anticipan sus consecuencias y exploran alternativas (p. 14).

En la primera parte se ve la cuestión desde un punto de vista histórico. Bajo el título de “Filosofía e historiografía: la suplantación de la creatividad filosófica por la historia”, Marcelino Agís propone volver a ver la filosofía como un saber para la vida y la búsqueda de la felicidad. Jesús de Garay (“Crítica platónica de la crítica contemporánea”) recuerda la importancia de la dialéctica académica para recuperar el potencial de la filosofía: dar unidad a las distintas formas de pensamiento. Marcela García aborda la suplantación del saber en la filosofía tardía de Schelling: Si la filosofía no es ciencia demostrativa, sino, para decirlo con una palabra, libre acto del espíritu, entonces su primer paso no es un saber sino más bien expresamente un no-saber, un renunciar a todo saber para el hombre (p. 49). Avanza esta primera parte con el llamativo título de Juan José García Norro: “Cuando la naturaleza se vuelve historia, el logos se convierte en relato” donde explica que la verdad yace para nosotros escondida, no es posible fabricarla sino encontrarla allí donde

sospechamos que realmente se oculta. Inevitablemente la ciencia se convierte en historia y de este modo, solo hay relatos de las cosas. El logos —que era comprensión— es el relato de lo que ya no se comprende. José María Torralba, partiendo de algunas anécdotas sobre las humanidades, defiende la importancia de profesores enamorados de la sabiduría que sepan contagiar a sus alumnos el deseo de buscar la verdad. Que se trata de una tarea moral lo recuerda el trabajo de Héctor Zagal titulado: “Incertidumbre moral, hybris y acierto práctico: una lectura aristotélica”.

La segunda parte del libro, “Perspectivas contemporáneas”, aborda la suplantación del saber en planos tan diversos como el que dibujan las relaciones entre querer, saber y poder (Luciano Espinosa); o el que, tras realizar un examen crítico de la propuesta de Deleuze y Guattari de la filosofía como mera creación de conceptos, muestra la paradoja de todo intento de hacer filosofía, renunciando a la filosofía misma (Ricardo Parellada). Por el contrario, Amalia Quevedo (“Un antiguo sustituto del conocimiento. Raíces del concepto heideggeriano de curiosidad”) ofrece un diagnóstico de la suplantación del saber hoy a partir de la curiosidad: pasar de una cosa a otra sin detenerse ni terminar nada. Este ver insaciable, que busca ver siempre algo nuevo, no trata de conocer bien sino de simular el conocimiento de todo. José A. Millán se sirve de una obra de la literatura para mostrar otra manera de no conocer nada, creyendo ver todo en el capítulo titulado: “‘Verlo todo sin creer en nada’. A propósito del ‘Tartufo’”. Se cierran las lecturas contemporáneas con la denuncia de la falsificación de la historia (Rogelio Rovira) en “La suplantación de la historia es una forma de ateísmo. Un diálogo sobre las pruebas de la existencia de Dios de Hans Jonas y Robert Spaemann”. Los nombres de los interlocutores no son gratuitos: un amante de la historia y un amante de Dios. El diálogo sigue la idea de ambos: hay historia si y solo si hay Dios.

Las “Perspectivas epistemológicas y antropológicas” componen la tercera parte del libro. Juan Arana se pregunta si la búsqueda de la verdad es un gran relato. En su respuesta apela a la búsqueda de verdades difíciles de encontrar, aquellas que hacen del conocimiento una aventura y del saber un arte (p. 171); y a la necesaria recuperación de la metafísica tal como la veía Aristóteles: como un

más allá de la física y no como un ‘anterior a’. Alfonso García Suárez hace un análisis lógico del relativismo y su autorrefutación con la *peritropé* de Sexto Empírico. José Luis González en “Verdad y vida” propone la filosofía al servicio del diálogo: es la “conversación de la humanidad”. Alejandro Llano con el título “Representacionismo y lenguaje” recuerda la siguiente frase de Inciarte, que todos deberíamos tener presente: “lo propio de la semejanza es no ser semejante a aquello que semeja” (p. 215); por lo que lo propio de la representación es desaparecer, cambiar, ser sustituido por otro, mientras que lo propio del concepto es la permanencia. Llano también nos recuerda que ningún ente es un todo, y nunca la realidad es plena. La suplantación del saber por la verosimilitud y por el sentimiento, y la del hombre y su antropología por la narración y ficción, son para Rodríguez Valls los síntomas no sólo de la suplantación del saber sino también de su disolución (“Retórica y Verdad. Una ontología de los sentimientos”).

La cuarta parte “Lo real y lo imaginario” empieza llevándonos de vuelta a la caverna. Con el título: “La ficción como hipótesis dialéctica. El prisionero liberado regresa a la caverna” Claudia Carbonell presenta dos modos de habitar la caverna, una como el prisionero que vive entre sombras y otra como el prisionero liberado que conoce propiamente la caverna. Lourdes Flamarique (“Textos, interpretación y discurso filosófico. La consolidación de un paradigma”) presenta a la filosofía como una experiencia de aprendizaje, sostenida por la hermenéutica de su canon. Las palabras son camino de la verdad y una ayuda para el pensar; la filosofía será siempre aspiración a la sabiduría. En “Las rutas de la fantasía y la renuncia a lo real” Margarita Mauri propone que estas rutas —en las que nada es propiamente lo que es— son el concepto de tiempo o el vivir de prisa, el ocio no como ocio intelectual sino ocio que permite al hombre olvidarse de su realidad, vivir la propia vida como si fuera una película de ficción y entablar relaciones con objetos interpuestos de las tecnologías, donde no hay auténtica relación con los demás. En resumen, el vivir abocado al exterior de uno mismo, para instalarse en una dimensión inauténtica del vivir, dejando de lado la realidad. La expresión “verlo todo sin creer en nada”, con la que titula su trabajo José A. Millán, bien podría ser

la consecuencia de lo expuesto en los distintos capítulos pero también otro subtítulo del libro.

Catalina Gómez. Universidad de La Sabana
lauragori@unisabana.edu.co

BOECIO

De Hebdomadibus / Las concepciones, trad. Jorge Medina Delgadillo, Porrúa, México, 2013, 42 pp.

El presente texto nos invita específicamente a tres cosas: en primer lugar, a conocer la metafísica de Boecio y su impacto dentro de la filosofía medieval; en segundo, a reflexionar “el modo como las substancias son buenas en aquello que son, aunque no sean bienes substanciales” (p. 3), como introducción al problema de los trascendentales; y, finalmente, a analizar uno de los principales textos de metafísica del Aquinate: su comentario *In de Hebdomadibus*, que enriquece y aclara la metafísica de Boecio. Además de las riquezas mismas del texto de Boecio y del Aquinate, Medina añade en esta edición bilingüe, por un lado, la glosa de Juan Escoto Eriúgena y, por otro, los criterios hermenéuticos de ordenamiento propuestos por santo Tomás de Aquino en su comentario.

Teniendo esto en mente, Boecio aborda la problemática a modo matemático, es decir, poniendo antes “términos y reglas a partir de los cuales llevaré a cabo todo lo que se sigue” (p. 6). Estos términos y reglas, según el Aquinate, se ordenan, primero, en aquellas concepciones pertinentes al ente, segundo, aquellas que aluden a lo uno y, por último, a las concepciones relativas al bien. Así, en primer lugar, Boecio distingue el ‘*ser*’ y ‘*lo que es*’ y, al admitir esta diferencia de significado, sostiene que: “El mismo *ser* aún no es, mientras que *lo que es*, por haber aceptado la forma de ser, es y tiene consistencia” (p. 10). De la misma manera en que “ser” y “lo que es” no admiten una misma significación, “lo que es” puede participar de algo, ya que la participación “se efectúa cuando algo ya es, y se es